



EL ECO DE CARTAGENA.

Martes 1.º de Junio de 1880.

LA PROFUNDIDAD DEL NIAGARA.

El cañon del Niágara es mucho más misterioso que la misma catarata. Desde la era de la civilización en América, ninguno ha podido llegar á través de la terrible y furiosa subcorriente, hasta el fondo, hasta que recientemente el gobierno creyó necesario emprender esta obra en obsequio de la ciencia. Todos los medios que se imaginaban eran estrictamente científicos, fueron puestos en acción por los chapuceros para obtener la profundidad del agua debajo de las cataratas. Barras de hierro de ferro-carril, calderas llenas de piedras, y toda clase de instrumentos voluminosos y molestos se ataron á largas cuerdas y se arrojaron desde el puente del ferro-carril y desde otros lugares; pero rehusaban sumergirse del modo más obstinado.

El mismo volumen de los instrumentos era suficiente, cualquiera que fuese su deseo, á impartir á la poderosa subcorriente los medios de conservarlos á flote en la superficie ó cerca de ella. El cuerpo de ingenieros de los Estados-Unidos, sin embargo, con un plomo de solo doce libras de peso, atado á una cuerda delgada ó de sondear, obtuvo fácilmente las profundidades desde las cataratas hasta el puente inferior.

Un corresponsal que estuvo presente á las operaciones hidrográficas describe el suceso como sigue:

«Un día entramos en un pequeño bote no muy lejos de la caída de las cataratas y empezamos una excitante y peligrosa exploración del cañon. Un guía antiguo acompañó á la comitiva. Con gran dificultad nos acercamos á corta distancia de la catarata americana, que arrojaba grandes chorros de agua sobre nosotros. El ruido era tan espantoso, tan tremendo, que ninguna voz, ningún sonido humano, por más cerca que nos halláramos, podía oírse. Se arrojó la sonda, que descendió rápidamente y dió por resultado 83 pies. Esto era muy cerca de la costa. Desviándonos del remolino favorable que nos ayudó á acercarnos á la catarata, fuimos arrastrados velozmente río abajo. La segunda sonda nos dió 100 pies; profundizándose hasta 192 pies en el ferro-carril inclinado.

El término medio de la profundidad es el punto llamado Sw ft Drift, donde el río de reciente se estrecha y tiene una velocidad demasiado grande para ser medida fué de 153 pies. Debajo del puente inferior están las «rápidas» formando vértice,

y tan violenta es la conmoción de las aguas, que se levantan como las olas del Océano hasta la altura de 20 pies. En este lugar calculó el corresponsal, al tiempo del sondeo, que la profundidad sería de 210 pies, y es el cálculo que se acepta como más exacto. Los terrores de la garganta más abajo de este lugar, según la del hombre apenas pisa esta región interna, en que se elevan de cada uno casi perpendiculares hasta una altura de 270 á 360 pies.»

(El Espejo.—Nueva York.)

Miscelánea.

EL DERBY INGLÉS.

Epsom, 26 Mayo 1880.

Bend Or for ever! ¡Hip! Hip! hourrah por el favorito.

El cielo está sereno. En el camino de Londres á Epsom hay un tumulto indescriptible. Los *cabs* los *handomes* los *four wheelers*, mezclados con las *victorias* y los *faetones*, con los *breaks* y los *four-in hands*, van á todo correr, chocando unos con otros. Los cocheros gritan y riñen, dándose de latigazos. Suenan trompas y silbatos. Después de una corta detención en la posada del *Spread-E-gle*, para remojar las fauces con *ale. porter*, ó *stout*, se emprende de nuevo la carrera vertiginosa y endemoniada. Al llegar á Epsom, los *mails*, se colocan á alguna distancia de las cuerdas, y empiezan enseguida los almuercos. En el suelo manteles blancos, manguitas y jilas, *roastbeef*, jamón, *champagne*. Se come, se bebe, se grita, se vociferan. Los *bookmaker*, pisan y repasan, medio borrachos ofreciendo los caballos.

La pradera presenta el aspecto más animado y más extraño que darse puede. Aquello es una feria. Hay saltimbancos, acróbatas, luchadores, arlequines, payasos, fotógrafos ambulantes, gitanos que dicen la buena ventura... ¡un *pandemonium!*

La multitud va aumentando á cada momento; multitud abigarrada, en la que se ven todos los diferentes tipos del Reino Unido, porque á las carreras de Epsom concurre gente de todas las partes de Inglaterra y es preciso que un inglés no tenga una libra esterlina en el bolsillo para que deje de ir á aquella fiesta nacional. Entre la muchedumbre se distingue á los *bookmakers* por sus casacas encarnadas, verdes ó amarillas, sus sombreros multicolores y sus caras embetunadas.

No estoy muy seguro de que los caballos sean indispensable en Epsom porque el caso es que las carreras

que hay antes del Premio grande pasan desapercibidas. Las tribunas, con sus cuatro pisos de galerías, crujen con el peso de los espectadores. En la tribuna Real está el príncipe y la princesa de Gales, el duque de Edimburgo y el duque y la duquesa de Connaught. Estos personajes, lo mismo que la aristocracia, han ido á Epsom por el ferro carril. En las tribunas públicas la multitud se agolpa en los *buffets* y en los *bars*, donde se sienta por tandas muchachas el *porto*, el *ale* y el *sherry*. A la derecha de las tribunas, el inmenso *paddock* donde se pasean los caballos.

Antes era costumbre saltar antes de la carrera un perro pintado con los colores del favorito. Ahora se sueltan cuantos perros se puede, de modo que los *policemen*, después de despejar la pista, tienen que emprender una caza de canes.

Hay una nube de *pickpockets* (vateros) que se deslizan por todas partes y roban todo lo que pueden.

Son las tres. Suena en las campanas. Va á tener lugar el *Derby*, la única carrera que llama la atención. Aparecen los caballos. *Bend Or* y *Robert the Debil* son los más admitidos.

En la pradera y en las tribunas reina de pronto un gran silencio. Se dá la señal. 19 caballos salen á escape.

No pueden ustedes figurarse el entusiasmo con que se recibe el triunfo de *Bend Or*. El palmoreo y la grita duran más de diez minutos. El *jockey* F. d. tico Archer, es llevado en triunfo. La multitud hace también una ovación entusiasta al dueño del caballo vencedor, el duque de Westmister, uno de los propietarios más ricos de Inglaterra y dueño de muchos barrios de Londres. Este señor luce un magnífico reglón á su hábil *jockey*, y entonces empiezan de nuevo los aplausos y los hurrahs.

Terminada la carrera del *Derby* los carruajes se ponen en movimiento y los curiosos se precipitan hacia las estaciones de los ferro carrils. Y en piéza la vuelta á Londres; con el mismo desorden, los mismos gritos y el mismo estuendo que la ida á Epsom.

Por la noche, los *John Bull* se van á alborotar á los sitios donde hay diversiones, á *Argyll's Rooms*, á *Evan's Rooms*; á la *Altambra* y á los conciertos. Miles de borrachos andan cayendo y levantando por las calles de la capital, apesar de los esfuerzos de los *policemen*, que tratan inútilmente de hacerles comprender que estarán mejor en la cama que sobre el empedrado.

(Del Gaulois, de Paris.)

EL TERCER SEXO Y EL CUARTO PODER.

Decididamente, hay tres sexos; el masculino, el femenino y el *costurero*. Decididamente hay en el Estado cuatro poderes; el legislativo, el ejecutivo, el judicial, y el de la costurera.

Lo que hoyos victorias, más reciente nos ha revelado la importancia que van tomando nuestros ministros de la moda. Los mejores sitios de la iglesia estaban ocupados por algunas de las principales modistas, y en las naves laterales se hallaban los embajadores de las deudas, porque estas embañadas cuando no pueden asistir á un acto así, envían representantes. Tienen sus criticos especiales y sus *reporters*, como los grandes periódicos.

Al día siguiente de la boda á que nos referimos, un *costurero severo*, pero justo, decía á la condesa de... — «Señora, no vuelva V. á encargarme más tragos. (Ha comprometido V. mi último pensamiento.)»

— «¿Cómo? ¿Que quiero V. decir con eso?»

— «Lo siento, señora condesa. Al acabarse la misa, cuando se levantó V. para unirse á la comitiva no tuvo usted cuidado de poner en la banda que llevaba sobre la cadera. Aquello fué como si me hubieran dado una puñalada. No vuelvo á trabajar más para usted.»

No hubieran procedido de otro modo Dumas ó Sardou para quitar el papel á una actriz que no les hubiese gustado en los ensayos.

La República no ha cambiado más que una vez en 9 años, periodo que se llama cambiar de *verano*; y no fué en la guerra civil de 1871, ni en Octubre de 1873; sino cuando se le ocurrió la duda de si los grandes *costureros* del Imperio se dignarían poner su ingenio á disposición de los ciudadanos del nuevo régimen, ó se retraerían. Sabido es lo que le costó á la marquesa de Pompadour obtener del peluquero D. g. el favor de que la peinase. — «Como he peinado á la otra», decía Dazé, aludiendo delicadamente á la Duquesa de Chateauroux. Al contrario, la guardia imperial de la elegancia se ha vendido sin resistencia — «no digo» — «sin repugnancia» — á los alhagos de la República.

Hace 15 años habian bajado ya mucho las acciones de Santa Muselina, cuando el Sardou trató de hacerlas subir con su comedia «La familia Benoiton». En 1880 tiene muy poco crédito la razón social «Ciudadana Muselina y Compañía».

Bajo la dominación de la república vemos aumentarse la fortuna y el prestigio de los grandes *costureros*, que han llegado á constituir un Es-